

Cuando mi padre salió de la habitación y todo estaba oscuro, se me ocurrió asomar la cabeza debajo de la cama... Pensaba que estando todo sin luz no me podrían ver. No fue así. La oscuridad tiró del pelo y me arrastró hacia ella. Recuerdo un olor rancio y después despertar debajo de una cama, que desde ese momento sería la mía. Era otro mundo. Los padres no tenían hijos y los cogían de las camas de los que dormían encima de ellas. Aunque no eran los mismos, a mi me parecieron los padres de siempre. Vivía en una ciudad sin ventanas en la que el humo de las chimeneas siempre olía a arizónica. Por las noches se decía buenos días y por el día buenas noches.

Me acostumbré pronto a dormir debajo de una cama. Mi caso era extraño. Me adoptaron cuando ya tenía diez años. Los problemas burocráticos con los que se enfrentaron mis nuevos padres fueron dando paso a cierto recelo por su parte. A esa edad mi memoria estaba muy desarrollada. Hasta los 20 años tenían que hacer informes mensuales sobre mi modo de vida. Qué si seguía diciendo buenos días por la mañana. Qué si decía que la arizónica sólo enmascaraba el olor a rancio de debajo de las camas y no lo eliminaba... Todos los informes se los dictaban a los escribas, estos se los pasaban a los correctores y estos mandaban una solicitud a los censores que a su vez eran los que habían ordenado la investigación. Yo había entrado en una espiral de pesimismo y adolescencia propia del mundo donde viví hasta los diez años. A los quince, mis padres se sentaron conmigo para explicarme de donde venían los niños.

Me dijeron que tenía que hablar más con ellos. Que faltaba comunicación. Que no podía ser tan callado. Finalmente me anunciaron (a bombo y platillo) que a partir de los veinte años podría ser padre. Tendría que comprar una casa del otro lado. Una casa con padres que tuviesen hijos a ser posible con una edad comprendida entre tres y seis años. Alguna noche, el hijo curioso miraría debajo de la cama y yo lo adoptaría.

Les dije que me dejaran en paz y a la vez que les quería mucho. Me llevaron al doctor y me diagnosticó un trastorno de dos mundos. Incurable. Una enfermedad mental degenerativa que puede que tuviese cura en otros mundos, pero en el de debajo de la cama, no. Me hicieron un análisis de sangre y todo me salió o muy bajo o muy alto. Relación social inexistente. Aislamiento altísimo. Hipersensibilidad y una serie de cosas a cual peor. En ese mundo a las enfermedades se las hacía un tratamiento de choque con la misma enfermedad, basándose en su principio de que dos enfermedades de igual signo, curarían o al menos aliviarían mi mal, mutando a un nuevo estado sano. Entonces, a pesar de los resultados del análisis, el doctor me recetó diez años más de aislamiento social en un edificio lo bastante alto para que no me entrasen ganas de salir.

Ya encerrado, me derrumbé recordando como mi plan de dominación mundial se había resquebrajado por haberme asomado debajo de mi antigua cama. El mundo de debajo de la cama era un círculo vicioso en el que si estabas mal todo iría a peor. La ecuación cambió de signo por una insensatez. Me acordaba de todos mis amigos, del sometimiento que les hice vivir durante diez años. Me preguntaba dónde estarían todos. Mis padres..., que aunque me pareciesen los de aquí, no lo eran. Mis hermanos, que sería de ellos. En una pared, escribí una ventana y la abrí. Estaba desobedeciendo la prohibición. Me apoyé contra la pared opuesta y dudé. Una especie de síndrome de Estocolmo me hizo titubear. Algo me empujó y corrí a toda velocidad para lanzarme por la ventana. Y caí...

Fue un viaje rápido. Después de caer, reboté en algo blando para tomar impulso y salir disparado de la boca de una mujer que comenzó a desmoronarse nada más verme. Se encontraba en una especie de mitin. Todos la señalaron cuando me vieron, antes de iniciarse una epidemia de bostezos que duró más de un año. Pasado ese tiempo me asignaron a su cuidado.

En la oficina de empleo me dijeron que no tenía derecho a uno. Me leyeron un documento que decía que estaba prohibido bostezar puesto que ello llevaría a una epidemia que a su vez derivaría en un período de productividad inexistente hasta acabar desmaterializando la ciudad. No entendí nada ni supe donde me encontraba. El caso es que a mis años ya contaba con numerosos complejos e impedimentos gracias a mis pasos por otros mundos.

Adelaida, así se llamaba la mujer del bostezo, estuvo obligada a vivir conmigo durante tres años. Se molestó bastante ya que tenía una vida, un marido, unos hijos. No sabía cómo pudo escapársele el bostezo que me abrió las puertas de este sitio. De hecho, me odiaba a muerte. Yo la quería con locura. Tan cerca nos movíamos, uno a cada lado de la línea. Pero pasados esos años me pude independizar.

Digamos que a partir de ese momento tuve acceso a todo. Pero mis carencias se multiplicaban cada minuto. Temía que a esas alturas fuese un inadaptado en cualquier mundo. Una persona no sociable. Las mujeres me aterraban, no había tenido ninguna relación. En cuanto se me acercaba una, oía una voz femenina, o el simple hecho de que me preguntaran algo, me enamoraba, me alteraba y me asustaba al mismo tiempo. El ir a los supermercados a comprar cualquier cosa conllevaba el pormenorizar por escrito los pros y los contras sumado a una angustia vital que me hacía cada vez más pequeño.

A los 26 años me dedicaba a viajar por cualquier medio de transporte público para escuchar conversaciones de otros. Me enamoré muchas veces, incluso de voces, descubriendo después que eran falsas alarmas. Mis enamoramientos tenían una peculiaridad, todos eran de una mujer con nombre de ciudad del mundo. Así, amé a Sofía, Brasilia, Dublín, Atenas y muchas más.

En uno de estos viajes iba escuchando una conversación que me aburrí tanto que sin pensarlo bostecé y de mi boca salió un hombre procedente del mundo de debajo de la cama. Entré en una depresión tremenda. Comprendí la reacción de Adelaida. Odiaba a ese tío. Todo eso trajo una epidemia de un año de bostezos. Tuve que estar al cuidado de la persona que salió de mi boca durante tres años.

A los 30 me consideraba un incomprendido que no servía para vivir físicamente, solo de forma irreal, en mundos inexistentes contruidos en mi cabeza. Entonces decidí hacer una visita al psiquiatra.

La psiquiatra se llamaba Siracusa por lo que supe que me iba a enamorar de ella. Así fue, pero a pesar de todo, en su informe final, me hizo una revelación esclarecedora:

“Es un animal asocial, está lleno de identidades que no son las tuyas ahora pero que sí lo fueron. Desmontando la lógica de su cabeza podríamos llegar a algún lugar de su psique para empezar de nuevo. Por eso el desorden. No sabe ni como se llama. Me dice que ha vivido en varios mundos, eso es una forma de estancamiento de su cerebro que le ha producido todo ese sinsabor ocasionado...”

No entendía nada de la perorata que me estaba soltando, pero el final de su exposición fue un libro abierto para mí:

“... con lo que resulta que no se ha enamorado de ninguna de todas esas ciudades porque usted ya vino enamorado. Siempre lo ha estado, porque todos los momentos pasados y futuros los está viviendo ahora en esos mismos lugares”.

¿Eh?